

# UN TERROR INSIGNIFICANTE

Will F. Jenkins

\* \* \*

CUANDO los principios de idealismo acosmístico psicológico se hicieron viables en el mundo habitado por Nancy, no retumbó majestuosamente el trueno. La madre de la niña no se estremeció; el padre no dejó de leer el periódico. En aquel trascendental momento, la Tierra no interrumpió su eterno girar, sobrecogida, aunque posiblemente el obispo Berkeley (168~1753), en el cielo, estaba agradablemente interesado. Joe Holt, que era psiquiatra y, por tanto, cabía esperar de él cierta intuición para esa clase de cosas, no intuyó absolutamente nada. El firmamento no se oscureció de repente, ni se produjeron profundas conmociones subterráneas. En una palabra, no hubo la menor señal de que estaba a punto de producirse el fenómeno más alarmante de la Historia. Y, sin embargo...

Nancy acompañó a su abuelo hasta la verja. Nancy tenía seis años, y su abuelo sesenta, y eran muy amigos, naturalmente. Nancy andaba a saltitos, porque nunca andaba despacio cuando podía saltar, o, mejor aún, correr. El sol se había hundido ya detrás de las colinas, y empezaba a oscurecer.

En la verja, Nancy permitió a su abuelo que la besara como despedida, con la condescendencia de las niñas que saben que son irresistibles.

Luego dijo:

-Haz desaparecer un penique, abuelo.

Su abuelo, obediente, sacó una moneda de cobre de su bolsillo. La colocó entre sus dedos pulgar y corazón, y se la mostró a Nancy para que la inspeccionara. Nancy contuvo el aliento. Su abuelo chasqueó los dedos. El penique se desvaneció.

Nancy palmoteó con alegría.

- ¡ Otra vez, abuelo!

El abuelo se preparó para repetir la operación. Nancy acercó los ojos hasta situarlos a unas pulgadas de la moneda. Estaba como fascinada.

El penique se desvaneció por segunda vez.

-¿Es magia de verdad? -preguntó Nancy. Estaba empezando a descubrir que no puede confiarse en las hadas ni en los duendecillos en momentos de apuro. Pero aún no estaba desengañada del todo.

-Es magia de verdad -aseguró su abuelo.

- ¡ Enséñame cómo se hace! -suplicó Nancy-. ¡ Por favor!

El abuelo susurró a su oído confidencialmente:

-Digo «uglidibú», y desaparece. ¿ Puedes decirlo tú? Nancy susurró:

-Uglidibú.

- ¡ Estupendo! dijo el abuelo. Se incorporó. Ahora, dile «uglidibú» a este penique y verás lo que pasa.

Sostuvo el penique como antes, entre sus dedos pulgar y corazón.

Nancy dejó oír una risita. Dijo:

- ¡ Uglidibú!

Su abuelo chasqueó los dedos. El penique se desvaneció. Nancy palmoteó.

-¿Otra vez, abuelo?

-Bueno, otra vez -concedió su abuelo. Cogió el penique. Era el mismo, pero Nancy no se fijó en aquel detalle. Lo tomó entre sus dedos. Los ojos de Nancy centellearon. Dijo:

- ¡ Uglidibú!

El penique se desvaneció. El abuelo pareció ligeramente sorprendido. Era natural. Nunca habla oído hablar del *esse est percipi*, del obispo Berkeley, ni había extraído consecuencias de aquel principio filosófico. Sin embargo, miró a Nancy con expresión radiante.

-Ahora tengo que marcharme, Nancy. Buenas noches.

Nancy agitó alegremente la mano mientras el abuelo se alejaba calle abajo. Cuando dobló la esquina, Nancy regresó saltando al lugar donde habían estado jugando. No se había dado cuenta de que su abuelo, al alejarse, sacudía su manga, como si tratara de hacer salir algo por ella... algo que no apareció.

Nancy se sentó con la idea de continuar jugando sola. Sobre la muñeca que había soltado para acompañar a su abuelo, había una oruga. Nancy la miró con expresión de disgusto. Con el ceño fruncido, dijo:

- ¡ Uglidibú!

La oruga se desvaneció. Nancy jugó con su muñeca. El jardín empezaba a sumirse en las sombras del crepúsculo. La madre de Nancy llamó a su hija, y la niña se dirigió hacia la casa, llevando a la muñeca cogida por un brazo. Cenó con excelente apetito y se rió con su padre y

su madre. Sólo se produjo un alarmante incidente, y dio la casualidad de que pasó inadvertido. Nancy no quería acabar de beberse la leche. Su madre dijo en tono firme que tenía que bebérsela toda. Luego sonó el teléfono, y su madre fue a contestar a la llamada.

Nancy miró con aire confiado la leche que quedaba en su vaso y dijo:

- ¡ Uglidibú!

La leche desapareció.

Nancy se acostó, después de besar a su padre y a su madre con más afecto que nunca. Durmió plácidamente toda la noche.

Todo era serenidad a través del cosmos. No había la menor señal del hecho extraordinario que había sucedido. Nadie se estremeció con horror. Nadie tembló con justificada aprensión. A nadie, al parecer, se le había ocurrido pensar en el Muy Reverendo George Berkeley, obispo de la Iglesia anglicana, que escribió libros de filosofía y murió en 1753.

A la mañana siguiente, Nancy se despertó tan bulliciosa como de costumbre. Cantó alegremente mientras la vestían, y no se presentó el menor contratiempo hasta que el desayuno estuvo servido. Entonces se produjo un leve choque de voluntades, con la resistencia de Nancy a comerse su papilla de avena. Pero en aquel preciso instante se presentó el lechero con la cuenta, y la madre de Nancy fue a pagarla. Cuando regresó, el plato de papilla estaba vacío. La madre de Nancy elogió con calor a su hija. Nancy dejó oír una risita.

Hacia muy buen tiempo. Nancy, limpia como una patena y vistiendo un trajecito precioso, se dirigió al jardín para jugar con la arena. Mientras, no cesaba de cantar. Era una niña muy feliz. De pronto, Charles, el hijo de los vecinos, entró en el jardín para jugar con ella. Nancy le acogió con la cordial suspicacia con que las niñas acogen a los chiquillos. Charles pisó un castillo de arena que Nancy había decorado con palitos de madera y taponos metálicos de botellas de cerveza. Nancy protestó.

- ¡ Uf! dijo Charles desdeñosamente -. ¡ Eso no es divertido! Vamos a jugar a ir a la luna. Vamos a luchar contra los hombres gato. ¡ Rnnnnnnnn! ¡ Bang-bang!

Nancy hizo una mueca.

-Vamos a jugar a naves espaciales -insistió Charles. Empezó a saltar y gritó:- ¡ Buuuuuuum! ¡ Tres grados! ¡ Cuatro! ¡ Ataquen a los cohetes enemigos! ¡ Buuuuuuum! ¡ Llegan los piratas del espacio! ¡ Preparen los desintegradores! ¡ Fuego! ¡Bang! ¡Bang! ¡Rnnnnnnn! ¡Bang!

Inició una feroz batalla espacial con los piratas procedentes de los anillos de Saturno, mientras Nancy se dedicaba plácidamente al decorado de su nuevo castillo de arena.

A Charles se le presentaron dificultades. Una flota de negras naves espaciales procedentes de Sirio descendía en picado sobre los escalones del porche. Charles eludió aquel ataque lateral arrojando varias bombas atómicas. Pero inmediatamente llegó una desesperada llamada de socorro procedente de una nave espacial de pasajeros que era atacada por unos piratas cerca del rosal grande.

- ¡ Buuuuuuum! -gritó Charles con ferocidad-. ¡ Ya voy, terrestres, disparando con todos mis cañones! ¡ Rnnnnn! ¡Toma ésa! ¡Y ésa! ¡Bang! ¡Bang! ¡Ahí va una bomba H para tí! ¡Bum!

Se produjo el desastre. Charles, corriendo en defensa de los pasajeros de la nave espacial, tropezó con el castillo de Nancy y hundió toda el ala Sur. La arena salpicó a Nancy.

- ¡ Bang! ¡ Bang! -rugió Charles en el ardor de la batalla-. ¡ Rnnnnnnn! ¡ Tomad ésa! ¡ Llamando a la Tierra! ¡ Nave patrulla espacial informando que los piratas están derrotados! ¡ Salgo en dirección a Plutón!

Nancy temblaba de indignación. Dijo, en tono furioso:

-¡Vete a tu casa!

- ¡ Aló! - dijo Charles-. ¡ Soy el capitán Espacio! ¡ Estoy luchando contra los piratas!

- ¡ Vete a tu casa! -repitió Nancy, más irritada aún-. ¡ Ya es la segunda vez que pisas mi castillo! ¡ Vete a tu casa o te enterarás de quién soy!

Si Nancy le hubiera amenazado con decírselo a su madre, la amenaza podía haber sido eficaz. Pero, ¿qué podía hacerle Nancy?

Charles gritó:

- ¡ Buuuuuuum! ¡ Salgo en dirección a Plutón! ¡ Llegan invasores procedentes del espacio! ¡Alerta, guarnición de la Tierra! ¡Resistan, que llego con todos los cañones disparando! ¡Bang! ¡Bang! ¡Buuuuuum!

Salió en dirección a Plutón. Desgraciadamente, dio la casualidad de que Plutón se encontraba junto al macizo de hortensias. La órbita de Charles volvió a coincidir con el castillo de arena.

Nancy dijo, vengativa:

- ¡ Uglidibú!

Charles desapareció.

Se produjo un gran silencio, y Nancy volvió a edificar su castillo de arena. Mientras trabajaba, cantaba alegremente. Al cabo de unos instantes, se encaminó hacia la casa y pidió algo que comer. Como había hecho desaparecer su papilla de avena, tenía hambre.

Su madre dijo:

-¿Dónde está Charles? Me había parecido oírle jugar contigo...

Nancy mordió un bizcocho y contestó con tranquilidad:

-Le dije «uglidibú» y desapareció.

La madre de Nancy sonrió con aire ausente y reanudó sus quehaceres, pensando que eran más importantes que las fantasías de su hija. Estaba en un error. No habla nada más importante. De acuerdo con los principios enunciados por el obispo Berkeley entre 1685 y 1753, las cosas existen porque una mente piensa en ellas como existentes. Nancy había adquirido la capacidad de pensar en ciertas cosas como si tuviesen necesariamente que cesar de existir: un don que a ningún adulto le es factible adquirir. De modo que de acuerdo con el principio del obispo Berkeley-, cuando Nancy pensaba en algo como si tuviese que dejar de existir, desaparecía. Todos nosotros - hemos deseado poseer ese don en algún momento de nuestras vidas, pero Nancy lo poseía.

A la hora de la comida, se oyó la voz de la madre de Charles llamando a su hijo. Charles no respondió, y su madre se presentó en casa de Nancy. Nancy había llegado a los postres, y estaba rebañando un tarro de mermelada con una cuchara. Oyó que su madre hablaba con la madre de Charles.

-No, no le he visto -estaba diciendo-. Jugaba con Nancy, pero se marchó. -Se volvió hacia su hija-: ¡Nancy! ¿Sabes adónde se marchó Charles?

-No, maaaaaa cantó alegremente Nancy. Siguió escarbando en el tarro. Estaba absorta.

Su madre acompañó a su vecina hasta la puerta. Cuando regresó, dijo:

-La madre de Charles está preocupada. -Enarcó ligeramente las cejas-. Charles no suele alejarse. ¿Estás segura de que no te diste cuenta del camino que tomaba?

Nancy sacudió la cabeza.

-¿Se marchó con alguien? -insistió la madre.

Nancy había conseguido reunir una cucharada de mermelada.

-No -respondió tranquilamente-. Le dije «uglidibú» y desapareció.

Su madre no hizo más preguntas. Pero era evidente que estaba preocupada. Una madre de un niño o de una niña siempre comparte la angustia de otra madre cuando un pequeño no

aparece. Pero a la madre de Nancy no se le ocurrió ni por un instante que había oído una descripción completa y exacta de la desaparición de Charles.

Después de comer, la madre de Nancy vistió a su hija para llevarla a la ciudad. Iba a celebrarse un desfile, y la madre de Nancy se disponía a sacrificar una tarde para que Nancy se divirtiera. Desde luego, a Nancy no le gustaba ser arrastrada de tienda en tienda, pero, dado que su madre iba a sacrificarle toda una tarde, era razonable que salieran temprano, para hacer algunas compras antes del desfile, y unas cuantas compras más después del desfile. Eso es lo que se dice pensar únicamente en los hijos.

Nancy no tenía ningún presentimiento. Le gustaba que la vistieran de punta en blanco para ir a la ciudad, o a cualquier otra parte, y se retorció de placer mientras su madre le ponía un vestido muy fruncido, un sombrero muy fruncido, una linda chaquetita y unos diminutos guantes blancos que constituían, para Nancy, el colmo de la elegancia. Mientras su madre se arreglaba, Nancy no cesó de cantar, contemplándose en un espejo.

Cantaba, también, mientras su madre conducía el automóvil en dirección a la ciudad. Y continuó cantando cuando cruzaban las calles de la ciudad. La gente la miraba y sonreía, pensando en la inocente y feliz infancia.

Las tiendas estaban llenas de gente. Otras madres que se sacrificaban llevando a sus hijos al desfile. Una mujer gorda empujó a Nancy contra un mostrador. Nancy se enfureció. Alguien protestó, y la mujer gorda se volvió, indignada, y, al girar, la parte más saliente de su cuerpo, que quedaba a la altura de la cabeza de Nancy, envió de nuevo a la niña contra el mostrador.

Nancy dijo rabiosamente:

- ¡ Uglidibú!

La mujer gorda desapareció.

Alguien lanzó un grito, pero nadie le hizo caso. Surgieron otros cuerpos para llenar el espacio que la mujer gorda había dejado, y Nancy se vio de nuevo zarandeada, y se agarró histéricamente a las piernas de su madre.

Su madre compró un bolso y consiguió extraer a Nancy con vida de entre la multitud. Pero el hermoso sombrero de Nancy había quedado aplastado, y la niña se sentía muy desgraciada.

- ¡ Pobrecita mía! dijo su madre con cariño -. No debí traerte a un lugar tan lleno de gente. Vamos a subir a uno de los pisos. Estará más despejado.

Entraron en un ascensor. En aquel momento, la multitud atacó. Una horda de mujeres empezó a empujar resueltamente, mientras los chiquillos aullaban. Las mujeres se olvidan de que son señoras cuando no hay hombres cerca. El encargado del ascensor trató sin resultado de contener la avalancha.

Nancy fue aplastada implacablemente. Aterrorizada, babució:

- ¡ Uglidibú!

En el ascensor quedaron solamente cinco personas. Fuera del ascensor no había ninguna mujer, ningún chiquillo.

La madre de Nancy tembló durante un considerable espacio de tiempo después de aquello. Desde luego, no podía ser verdad. Incluso el encargado del ascensor tartamudeó frases ininteligibles cuando un jefe de sección le interrogó. No había nada que decir. El ascensor estaba atestado y, de repente, dejó de estarlo. No se habla producido ningún alboroto. Una multitud que estaba allí... y que dejó de estar allí, sencillamente. Los otros ocupantes del ascensor estaban muy pálidos. Todos deseaban salir enseguida de la tienda. Pero, desde luego, no creían en lo que acababan de ver. Ni siquiera lo creía la madre de Nancy.

Pero Nancy se sentía mucho mejor. Más confiada. Ahora sabía que siempre podría despejar el terreno a su alrededor si la gente la empujaba. Su madre se bebió una taza de té en la cafetería más próxima, y trató, temblando, de recordar el significado psiquiátrico de la <ilusión> que había experimentado. Pero, mientras su madre temblaba, Nancy se comía tranquilamente un helado de vainilla.

En aquel momento, la madre de Nancy deseaba regresar a su casa. Habla concebido el propósito de consultar a Joe Holt acerca de aquella experiencia. Era el único psiquiatra que conocía personalmente; él y su esposa eran íntimos amigos suyos y de su esposo. Tal vez podría mencionarlo de un modo indirecto... Pero habla prometido a Nancy que irían al desfile. De modo que fueron a verlo.

Empezó, como de costumbre, con un despliegue de policías de tráfico, montados en sus motocicletas y haciendo aullar sus sirenas. Nancy les saludó con entusiasmo, agitando la mano. Su madre habla conseguido situarse en una esquina para que nada pudiera interponerse en la visión de Nancy. A continuación desfiló una banda de cornetas y tambores, seguida de los cadetes. Y luego las carrozas.

Nancy quedó impresionada por una carroza en forma de cisne, adornada con muchachas cuyos vestidos estaban llenos de lentejuelas. Siguió otra carroza mostrando a unos Boy

Scouts atareados alrededor de una fogata. Una carroza imitando a un barco de guerra. Una carroza de Exploradoras.

A lo largo de la calle, los chiquillos empezaron a gritar. Nancy trató de bajar de la acera para ver qué sucedía. Su madre la sujetó con firmeza. Pero la madre de Nancy estaba pensando en aquel momento que nunca había esperado tener que llamar a Joe en plan profesional, aunque, después de todo, era un psiquiatra y jugaba al golf con...

Nancy chilló, excitada. Su madre miró distraídamente hacia la carroza que había provocado todo aquel tumulto. Representaba un dragón. Era una obra muy ambiciosa. El cuerpo del animal ocultaba por completo el camión sobre el cual estaba construido y arrastraba una cola larguísima. Pero la causa de la excitación estaba delante.

En efecto, el dragón tenía un cuello articulado de veinte pies de longitud, pintado de rojo, rematado por una cabeza de cinco pies. La cabeza tenía unos cuernos cortos y romos. Sus ojos eran del tamaño de una sopera, su expresión de estúpida amabilidad, y lanzaba chorros de humo por las fosas nasales. Su cabeza se movía de un lado a otro sobre el cuello articulado, y parecía contemplar a los espectadores alineados a lo largo de las dos aceras de la calle.

Los chiquillos no cesaban de chillar, especialmente aquellos a quienes el dragón parecía mirar.

Nancy temblaba de excitación. No paraba de saltar, esperando la llegada del dragón.

Al fin, el animal llegó a su altura. El largo y articulado cuello giró en dirección a Nancy. Los enormes ojos parecieron mirarla directamente, con una especie de estólida cordialidad. De sus fosas nasales salieron dos chorros de humo.

Nancy balbució:

- ¡Uglidibú!

El dragón se desvaneció, dejando en su lugar un camión sobre el que iban montados cuatro hombres, en paños menores, que habían estado manejando las cuerdas que servían para mover el cuello y la cabeza del dragón. Contemplaban con expresión aturdida sus manos, que estaban vacías. En la calle estalló un imponente alboroto.

La madre de Nancy se encontraba en un estado mental caótico cuando se abrió paso, arrastrando a su hija por la mano, hacia el lugar donde tenía aparcado su automóvil. Su expresión era de desconcierto absoluto, pero consiguió instalar a Nancy en el coche y sentarse ante el volante. Luego se preguntó frenéticamente si se hallaba en condiciones de



conducir. Por último, puso el motor en marcha, aferrándose a la dudosa premisa de que la persona que está realmente loca ignora siempre su propio estado mental.

Llegaron tarde a casa, y el padre de Nancy empezaba a preocuparse. Había sido informado de la desaparición de Charles y de las febriles pesquisas que estaba realizando la policía tratando de encontrarle.

Experimentó una sensación de alivio al ver llegar a su esposa y a Nancy, pero su esposa se apeó del automóvil y murmuró:

-Llama a Joe Holt y dile que venga enseguida.

-¿Qué sucede? -preguntó el padre de Nancy, alarmado.

Su esposa habló en el tono tenso de una persona que va a ponerse a gritar de un momento a otro.

-Joe es psiquiatra, ¿no? Tengo que ver inmediatamente a un psiquiatra. ¡ Hoy han sucedido demasiadas cosas! Charles ha desaparecido. Un ascensor lleno de gente ha quedado vacío ante mis propios ojos, y un dragón se ha desvanecido en el aire mientras lo estaba mirando. ¡ Me estoy volviendo loca, pero tal vez Joe Holt pueda hacer algo! ¡ Llámale, de prisa!

Y empezó a sollozar. Estaba pensando en Nancy. Imaginaba ya un hogar destrozado, a sí misma convertida en una loca y divorciada, y al padre de Nancy casado con otra mujer que sería cruel con Nancy, como todas las madrastras, y a la propia Nancy acosada por el espectro de la locura que se erguiría delante de ella. La madre de Nancy no estaba preocupada por su marido. Un detalle muy significativo.

Pero el padre de Nancy sabía cuándo no debía tratar de mostrarse razonable. Y estaba asustado. Cogió el teléfono y habló con tan desesperado apremio, que cinco minutos después Joe Holt, el joven psiquiatra, había recorrido en su automóvil las cinco manzanas necesarias y estaba contemplando a la madre de Nancy. No se había parado a ponerse la corbata y calzaba unas zapatillas.

-¿Qué diablos pasa? -preguntó Joe Holt en un tono muy poco profesional.

Nadie prestó la menor atención a Nancy. Su madre empezó a contar la increíble historia. Su tono era desesperado. De pronto, recordó a la mujer gorda. Contó lo sucedido con ella, estremeciéndose.

Nancy dijo tranquilamente:

-Me estaba aplastando, mamá. ¡ Y le dije ¡<uglidibú>!

Su madre no pareció haberla oído. El padre de Nancy trató de sacar a la niña de la habitación. Nancy se aferró convulsivamente a su madre, y su madre a ella.

- ¡ No te la llesves! -gritó la madre, desesperada-. ¡ Todavía no! ¡Espera!... Y cinco minutos después un ascensor lleno de gente quedó vacío ante mis propios ojos.

Empezó a sollozar de nuevo. El padre de Nancy le acarició el pelo.

La voz de Nancy dijo, en tono consolador:

-Pero, mamá, nos estaban aplastando... Por eso les dije «uglidibú». Igual que a Charles. Me estaba molestando, le dije «uglidibú» y le hice desaparecer.

La madre de Nancy dio un respingo. Se quedó mirando a su hija. Repentinamente, su angustiado rostro pareció suavizarse. En tono tranquilo e interesado, preguntó:

-¿Lo has oído, querido? -Pero volvió unos ojos trágicos hacia Joe Holt-. ¿ Te das cuenta, Joe? ¡ Las cosas que han sucedido han desequilibrado también su pequeño cerebro! ¡ No te preocupes por mí, Joe! ¡ Haz algo por Nancy!

Joe suspiró con alivio profesional. Todo aquel asunto era muy raro, pero sabía que a veces una mujer hace cualquier cosa por su hijo... incluso recobrar la cordura, si es necesario.

De modo que le dijo alegremente a Nancy:

-De manera que haces desaparecer las cosas, ¿eh? Esto es muy interesante, Nancy. Cuéntamelo todo.

Nancy le miró con una expresión radiante. Le gustaba la gente. La encontraba irresistible. De modo que contó cómo su abuelo le había enseñado a hacer magia. Bastaba con decirles «uglidibú» a las cosas para que desaparecieran.

-Se lo dije al penique concluyó, muy satisfecha de sí misma-, y a una oruga que estaba en mi muñeca, y a la leche que anoche no podía beber, y a mi papilla de avena esta mañana, y a Charles, y a una mujer gorda, y a la gente del ascensor, y al dragón. Es muy fácil -añadió generosamente-. ¿Queréis que os lo enseñe?

Su madre abrió unos ojos espantados. Pero Joe Holt se dio cuenta de que no estaba pensando ya en sí misma, sino en Nancy. Y, de hecho, ninguna persona neurótica se preocupa con tanta sinceridad por otra. Joe no comprendía nada, pero empezaba a tener esperanzas.

- ¡ Desde luego, Nancy! dijo, en tono cariñoso-. Haz desaparecer este jarrón de flores, ¿quieres?

La madre de Nancy dijo involuntariamente:

-Ese es mi mejor jarrón... -Pero enseguida, añadió: SI, querida, hazlo desaparecer.

De modo que Nancy, con aire radiante, miró el jarrón casi-Ming de su madre y dijo:

- ¡ Uglidibú!

Y, desde luego, el jarrón desapareció.

\* \* \*

Eran las dos de la mañana y llovía a cántaros cuando el abuelo de Nancy se levantó de la cama, refunfuñando, para ir a abrir la puerta. El padre de Nancy y Joe Holt le hablaron al mismo tiempo, en tono nervioso. El abuelo de Nancy les miró con fijeza. La angustia se reflejaba en sus rostros mojados por la lluvia.

- ¡ Tiene usted que venir a casa enseguida! - dijo el padre de Nancy-. ¡ Nancy ha adquirido una idea acosmística de usted, y tiene que ser curada!

Joe Holt rectificó

-No se trata de una idea. Es una capacidad. Una capacidad psicomotriz.

El abuelo de Nancy dijo, alzando la voz:

-¿Nancy está enferma? ¿Enferma? ¿Y estáis hablando? Vamos!

Cogió un abrigo y se lo puso sobre el pijama. La lluvia arreciaba. Salieron corriendo de la casa y se amontonaron en el convertible de Joe, que partió a gran velocidad.

El abuelo de Nancy inquirió:

-¿Qué es lo que tiene? ¿Cuándo ha empezado?

-Les dice <uglidibú> a las cosas -jadeó el padre de Nancy-. ¡Y desaparecen! La hemos mandado a la cama, pero tenemos que curarla. ¡ Piense en lo que puede hacer! ¡ Dice «uglidihú»!

El abuelo de Nancy ladró:

-¿Uglidibú? ¿Qué pasa con decir uglidibú? ¡Yo digo uglidibú si me da la gana! ¡Yo le enseñé a Nancy a decirlo!

-Precisamente dijo Joe Holt, tragando saliva-. Usted le enseñó que un penique desaparecía al ser pronunciada esa palabra. ¡ Y ella lo creyó! Es... inmaterialismo idealista.

Se habla vuelto para poder gesticular, y tuvo que aferrarse con ambas manos al volante para hacer girar el coche, que se encaminaba directamente al encuentro de un poste telegráfico.

- ¡ Fue el obispo Berkeley! -jadeó el padre de Nancy-. ¡ Joe acaba de enseñármelo! ¡ En un libro! El obispo Berkeley dice que la materia no puede existir sin mente. La mente tiene

que percibirla para que exista. Ha sido un Poderoso argumento durante muchos años. Locke, Hume, Kant, Hegel y compañía.

El automóvil se hundió en un bache, oculto por el agua de la lluvia. Unas cortinas de agua, como brillantes alas, se alzaron a ambos lados del vehículo.

-*Esse* - dijo Joe Holt, tragando saliva- *est percipi*. Si una cosa no es percibida por alguna mente en alguna parte, no existe. Pero cuando nosotros sabemos que algo existe, no podemos prescindir de su existencia, como idea. Nancy, sí. Cuando Nancy le dice «uglidibú» a algo, es capaz de pensar en ello como cesando de existir. De modo que cesa de existir. ¡ Nadie más en el mundo, gracias a Dios, puede hacer eso! ¡ Pero Nancy puede!

En el rugiente y goteante automóvil, el abuelo de Nancy miró suspicazmente a los empapados y nerviosos individuos que estaban a su lado. Sus cabellos blancos se erizaron.

- ¡ Y vosotros sois los que habéis venido a decirme que Nancy está enferma! -bramó. ¡ Dos lunáticos!

Los dos lunáticos balbucieron más detalles. Absurdos detalles. Explicaron lo que tenía que hacer el abuelo. Luego, repentinamente, Joe Holt detuvo el automóvil delante de la casa de Nancy, con un gran chirrido de frenos. En aquel preciso instante dejó de llover. Los dos hombres más jóvenes saltaron del vehículo y echaron a correr hacia la casa. El abuelo de Nancy les siguió, más despacio. Al entrar, oyó la pregunta murmurada en voz baja:

-¿Está... está durmiendo, todavía?

-Sí dijo la madre de Nancy con voz estrangulada. Abrazó al abuelo de Nancy-. Papá! Me alegro mucho...

El saloncito estaba medio vacío. El piano había desaparecido. El jarrón casi-Ming... desde luego. El cuadro de encima de la repisa de la chimenea. Dos sillas. La alfombra.

- ¡ Estuvimos haciendo experimentos! -balbució Joe Holt desesperado-. Nancy hizo desaparecer el jarrón. No podíamos creerlo. De modo que le dijo «uglidibú» al piano. Desapareció. Luego el cuadro. ¡ Un juego muy divertido! Nancy tenía un aspecto radiante, diciendo «uglidibú». En un momento determinado me miró a mí... -Se estremeció violentamente.

Como es lógico, el abuelo de Nancy no podía creerlo. Pero la madre de Nancy trató de convencerle. Los tres -los padres de Nancy y el psiquiatra- arguyeron histéricamente. Sus voces subieron de tono.

Luego se oyó una risita en el umbral de la puerta. Allí estaba Nancy, sonriéndole al abuelo. Llevaba su pijama favorita, estampado con figuras de Mickey Mouse.

Tenía un aspecto soñoliento, pero se alegró mucho al ver a su abuelo.

- ¡ Hola, abuelo! dijo alegremente-. Me has despertado, ¿sabes? Puedo hacer magia, como tú me dijiste. ¿Quieres verlo?

Su abuelo tuvo un instante de espantosa duda. La madre de Nancy se había puesto muy pálida. El padre de Nancy se quedó sin habla. Joe Holt se retorció las manos.

-De momento dijo el abuelo de Nancy, en tono apresurado-, puedes intentarlo con una cosa pequeña.

Con el infalible instinto de un abuelo, recordó que su abrigo estaba mojado. Lo dejó sobre una de las pocas sillas que quedaban, antes de coger en brazos a Nancy. Formaban una agradable pareja: el robusto anciano y la radiante niña, los dos en pijama.

-Su-su-pongamos dijo Joe Holt-, que haces desaparecer el abrigo de tu abuelo, ¿eh, Nancy?

Nancy dejó oír una risita. Luego, su voz pronunció las fatídicas sílabas. El abrigo del abuelo desapareció. El abuelo se sentó bruscamente. Nancy se deslizó desde sus brazos hasta sus rodillas.

Nancy dijo, cariñosa

-¿Tienes frío, abuelo? ¡Estás temblando!

El abuelo de Nancy se estremeció. Luego dijo, con infinito cuidado:

-Sí, Nancy, tengo frío. No debía haberme quitado el abrigo. Lo necesito. ¿Quieres devolvérmelo, Nancy?

Nancy dijo, cariñosamente:

-No sé cómo hacerlo, abuelo...

-Tienes que decir... ejem... «uglidibú» para que vuelva, ¿sabes? Has hecho desaparecer mi abrigo, de modo que ahora tienes que hacer que vuelva. El «uglidibú» para que vuelva es... ejem... es...

-«Ublidigú» dijo el padre de Nancy con voz ronca-. El ugliedibú para que vuelva es «ublidigú». ¡ Ublidigú!

Nancy meditó unos instantes, y se acurrucó contra su abuelo.

- ¡ Dilo tú, abuelo!

-Si yo lo digo no servirá para nada , dijo su abuelo, con fingida jovialidad-. ¿Ves? ¡ Ublidigú! Lo tienes que decir tú. Y, ahora... ¡ Espera un momento, Nancy! Cuando lo digas, no lo digas solamente por mi abrigo; Dilo por todas las cosas a las que les dijiste «uglidibú», por todas al mismo tiempo, y volverán todas a la vez. Será muy divertido.

-No dijo Nancy-. Charles me tiró tres veces el castillo de arena. Siempre me está molestando.

Joe Holt profirió un gemido.

La madre de Nancy murmuró suavemente:

-No volverá a hacerlo nunca más, querida. Sé buena, y di «ubí... ublidigú» a todas las cosas a las cuales dijiste la otra palabra. Hazlo por mamá, tesoro.

Nancy meditó de nuevo. Su madre le apretó la mano. Y, de pronto, sin entusiasmo, sin alegría, con una especie de resignado consentimiento, Nancy dijo:

Ublidigú.

Volvió el jarrón casi-Ming, y el abrigo de su abuelo, y el piano, y el cuadro de encima de la repisa de la chimenea, y la alfombra, y dos sillas. En el jardín se oyó el llanto de un chiquillo asustado. « ¡ Buaaaaaa!» Era Charles, que se encontró, de pronto, en la oscuridad, en un jardín mojado por la lluvia. Charles aulló. Los que estaban en casa de Nancy oyeron abrirse la puerta de la casa contigua y unas exclamaciones de alegría. La madre de Nancy cerró los ojos e imaginó otras exclamaciones: una mujer gorda apareciendo repentinamente en el departamento de bolsos de señora de unos grandes almacenes, cerrados al público. Una multitud de mujeres y niños bloqueados en el ascensor de los mismos almacenes, esperando que se hiciera de día. El vigilante nocturno de aquellos almacenes iba a recibir una sorpresa.

El agente de la autoridad que encontrara un dragón en medio de la calle recibiría también un buen susto, lo mismo que los detectives que estaban buscando a un chiquillo, el cual insistiría con terquedad en afirmar que no habla estado en ninguna parte. Y diría la verdad.

Incluso una oruga, que habla estado trepando por la muñeca de Nancy hasta que la niña dijo «uglidibú», tendría dificultades para encontrar un lugar apropiado para resguardarse de la lluvia. Daba la casualidad de que era una oruga diurna, y no estaba acostumbrada a salir de noche.

El abuelo de Nancy habló con gran cuidado:

-Me olvidé de decirte, Nancy, que ahora que has dicho «ublidigú», el decir «uglidibú» ya no tendrá efecto. Por eso no puedo pronunciar ya la palabra mágica. Pero a ti no te importa que las cosas no desaparezcan cuando digas «uglidibú», ¿verdad?

¿No desaparecerán? -inquirió Nancy, decepcionada. En voz alta, dijo: ¡Uglidibú!

Su padre, su madre y Joe Holt dieron un respingo.

Pero no ocurrió nada. Nancy se acurrucó contra su abuelo. Suspiró. Cerró dulcemente los ojos. Se había quedado dormida.

No había retumbado el trueno, ni habían zigzagueado los relámpagos, cuando se inició el fenómeno más alarmante de la Historia. Pero, ahora que todo había terminado, brotaron los relámpagos, rugió el trueno y la lluvia empezó a caer de nuevo, a cántaros.

**FIN**